

Pompeo deseaba, pues, volver al grande arte y le dió impulso, pero este impulso no era bastante enérgico, y tal vez él mismo no tenía bastantes fuerzas para darlo, así cuando llegó á Roma David y le conoció, su admiración no tuvo límites. En David vió al gran reformador del arte y nada lo dice tanto como el haber legado, al morir el viejo maestro, su paleta, al gran pintor francés.

Tuvo Pompeo en sus días que luchar con un poderoso rival, con Mengs, que se había establecido

en Roma, que tenía más genio que él y más talento que él, y á quien hubo de tratar el pintor bohemio con mucha severidad en lo que no pecaba dentro de la crítica artística, y Mengs fué un crítico de primera fuerza, pero Mengs no estaba en el caso de poder hacer lo que él decía que hicieran los otros, y esto hacía que resultara la contienda una disputa personal mejor que no una disputa artística. Formáronse dos partidos, pero de la competencia no salió nada, si pudo Mengs reprender á Pompeo por



MONTMORENCY

sus plagios de Corregio, su célebre *Magdalena* que ha tenido para Pompeo la desgracia de ir á parar á Dresde en donde está el original, Pompeo pudo decir que el *Nacimiento* de Mengs no se hubiera pintado si el Corregio no hubiese antes pintado el suyo. Tal vez si Pompeo hubiese poseído las cualidades geniales de Mengs, hubiera logrado no como éste, ser el pintor de su siglo, que es un honor relativo tratándose del siglo XVIII, sino un pintor de primer orden, un pintor dentro de la historia de la pintura.

De la escuela bolonesa, de la escuela de los Casradins y de los Guidos, no quedaba en el siglo XVIII más que los Bibiena, y si Francisco era capaz de construir en obra el mejor teatro de la época, Fernando, su hermano, era el hombre que sabía presentar en la tela la mejor decoración arquitectural, si la

mejor es condición de riqueza y de pompa. Fernando Bibiena era el pintor del estilo barroco, el pintor del estilo arquitectónico del siglo XVIII.

Tiempo hacía que la escuela florentina había enmudecido, ni un solo hombre, ni un solo pintor daba á Italia la ciudad y la provincia que le dió los más gloriosos de la pintura moderna. Florencia en sus buenos tiempos, fué absorbida por Roma, los Papas tenían más ascendiente y más medios que los duques de Toscana, y por añadidura entonces, si los Médicis reinaban en Florencia, también reinaban en Roma. La escuela florentina murió por consunción, Roma le chupó toda su savia, y aún no se ha reponido de la sangría.

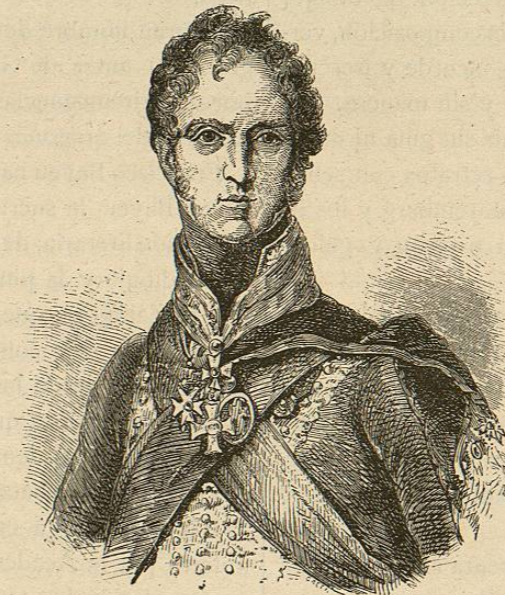
Nuestra gran escuela de pintura, merece notarse, es la escuela del siglo XVII. Cuando Italia declina, y

cuando España va perdiendo de año en año su hegemonía en Europa, la escuela pictórica española da á la pintura los nombres de Velázquez y de Cano, de Murillo y Coello. Nuestros pintores del siglo XVIII apenas si serían para recordados si no brillaran entre ellos Viladomat, á quien Mengs hizo el honor de llamar el primer pintor de su siglo, y Goya.

Palomino,—1653-1726,—se nos recomienda más por sus obras literarias sobre los artistas españoles que no por sus cuadros, sin embargo, no se puede ser injusto con el Vasari español, pues hay que recordar que si era difícil sobresalir cuando aún Murillo y Coello pintaban, no era poco honor el verse

distinguido en tiempo de tan grandes celebridades.

«Artista erudito, práctico hábil, despliega en sus obras decorativas, todo el aparato del grande arte; sabe componer las más grandes composiciones, y lo hace con fortuna; pues la erudición y la habilidad no pueden suplir la ausente inspiración; ningún poderoso aliento anima tan vastas obras,—como la decoración de las cúpulas de las iglesias de San Juan del Mercado de Valencia, de Salamanca, de Granada (la Cartuja), la Cartuja del Paular, etc., y las magnificencias de ese estilo teatral, y vacío no hacen más que hacer resaltar la falta absoluta de carácter.»



MARQUÉS DE ANGLESEY

Palomino no marca, pues, la decadencia de España, sino por las exageraciones que ya se introducen en la pintura por todas partes, al caer el siglo XVII gracias á la influencia de los manieristas italianos. Los Giordano con su inmenso genio y su práctica incomprendible, pintando y dibujando de memoria con una facilidad deslumbradora, fueron llevando el arte por el camino del fausto y del aparato, matando el sentimiento, como lo mató en la sociedad del siglo XVIII.

Muere con Palomino la antigua escuela española, pues aún cuando vive con Viladomat, prolongó su existencia hasta mediados de siglo, como las obras de este pintor no salieron de Barcelona ni ejerció influencia entonces, ni hoy honra como es debido su ciudad á causa de lo ignorado de su nombre que no le valió á Viladomat para su fama el concepto de Mengs, pues nadie se ha dedicado á estudiar y á popularizar su nombre, pues la circunstancia de

haber quedado sin acabar la obra que le consagró el señor Fontanals del Castillo, ha hecho que quedaran estériles sus patrióticos y artísticos empeños para dotar á España y á la pintura de ese nombre realmente glorioso.

Viladomat,—1678-1755,—tiene hoy casi todas sus obras de importancia en el Museo de la Escuela de Bellas Artes de Barcelona, nosotros no hemos visto en el extranjero más que una sola obra suya, y esta en Pest, en donde preside con un Cano no solo la galería de pintores españoles, que es muy notable, sino el salón de honor del museo de la Academia de la capital de Hungría.

Es nuestro pintor en la época del mal gusto un pintor correcto, de sabio y artístico dibujo, que compone muy bien y con elegancia. Su colorido, por lo que se puede juzgar de sus cuadros que están en bastante mal estado y abandonados, era rico y serio, sin efectos de relumbrón y su factura tiene la sobrie-

dad de la gran escuela española. El gran elogio que de Viladomat puede hacerse, es decir, que no hay crítico alguno, por perspicaz que sea, que pueda decir que sus obras pertenecen al siglo XVIII. En toda la extensión de la palabra, es un pintor y un gran pintor español del siglo XVII.

Cean Bermúdez, dice de él:—«Se puede decir de Viladomat lo que Ciceron decía de Veleyo Patérculo, que todos los progresos que hizo en el arte, los debió solamente á sí mismo, pues los dos maestros que tuvo no le enseñaron otra cosa que molar colores y preparar lienzos. Con su gran genio adquirió extremada facilidad en la invención, y en su estudio sobre la naturaleza, corrección de dibujo, orden, contraste y economía en la composición, verdad y expresión en las actitudes, acorde y fresca en el colorido, estilo abreviado y sin manera, con otras partes difíciles de conseguir sin guía ni maestro. Pintaba países con novedad, retratos con semejanza, cual fué el del general Staremborg y los de otros personajes, y batallas con espíritu y gallardía.»

Viladomat, sin embargo, tuvo un maestro de quien aprendió mucho y este maestro fué Fernando Bibiena. Bibiena vino á Barcelona al servicio del Archiduque Carlos, y Viladomat aprendió á su lado la pintura, y sobre todo la perspectiva y la arquitectura, en la que salió también aventajadísimo dentro del estilo de la época.

Viladomat pintó hasta los sesenta años, en cuya época fué atacado de una parálisis á las manos. Hállase enterrado en la iglesia del Pino de Barcelona y su ciudad natal le ha honrado hoy, como á muchos otros de sus grandes hijos, á contar de Wifredo, haciéndole servir para decorar con su busto la balustrada del salón de San Juan.

Formó Viladomat discípulos, como diremos, de mérito pero no de los que trascienden; y de Mengs, de cuya influencia en el porvenir y desarrollo de la pintura española tanto esperaba Jovellanos, sólo nos vino otro barcelonés á quien Carlos III envió á Roma á estudiar la pintura, siendo admitido en el taller del pintor bohemio. Este es Agustín,—1753-1800.

Disfrutó las primicias de su talento Córdoba, que es la ciudad que guarda más cuadros de Agustín, por haberle llevado allí su obispo para dirigir la escuela de pintura que fundó en aquella ciudad. Por esta circunstancia es poco conocido como pintor Agustín. A Barcelona no regresó sino á últimos del año 1799 al nombrarle la Junta de Comercio director de su escuela de Bellas Artes, en donde estuvo muy poco por haber dispuesto Carlos IV que

pasase á Sevilla á hacer varias copias de Murillo, falleciendo á poco en Utrera á los cuarenta y siete años de edad, cuando estaba todavía en el pleno goce de sus facultades.

La carrera misma de Agustín nos dice que fué un hombre de mérito, y en efecto, sus cuadros denotan la corrección de dibujo de su maestro, y en su colorido se siente también su influencia. Sin embargo, aún cuando sea un verdadero imitador de Mengs y uno de los más felices, su falta de originalidad y de espontaneidad, y sus resabios académicos de primer orden, no le han dejado ocupar el puesto á que tenía derecho por sus cualidades nativas.

El gran nombre de la pintura española en el siglo XVIII antes de Goya, porque ya hemos dicho por qué circunstancias no gozó Viladomat tal puesto, es el del aragonés Bayeu.

Francisco Bayeu nació en 1734 y falleció en 1795. Tuvo Bayeu la suerte, sobre haber adquirido una educación literaria, de haber ido á parar para aprender el dibujo y la pintura á manos de Lujan, profesor de Zaragoza, que había estudiado en Italia, en donde había sido condiscípulo de Solimena. Lujan comprendió desde luego que su discípulo era un hombre de genio á quien convenía no sujetar y así le dejó algo libre dentro del rigor académico, lo que dió por resultado hacer de Bayeu un buen dibujante.

Bayeu se dió á conocer asistiendo al concurso abierto por la Academia de Madrid con un cuadro representando los trabajos de Gerion. Bayeu envió el suyo á Mena, escultor que vivía en Madrid, y como al taller de éste fueran muchos á ver la plancha del grabador aragonés, se extendió la fama de su obra, se retrajeron de presentarse sus concurrentes y Bayeu consiguió el triunfo más brillante, tanto que se dispuso que Bayeu pasase á continuar sus estudios en Madrid, en donde permaneció hasta que, muertos sus padres, se volvió á Aragón al cuidado de sus hermanos.

Mengs fué quien dispuso que Bayeu regresara á Madrid para que se le empleara en la decoración del Palacio Real y no hay por qué pensar que no viniera á seguida á ponerse á las órdenes de tan afamado maestro, mejorando mucho á su lado su dibujo y composición.

Valiéronle luego sus obras grande reputación y Bayeu fué nombrado en 1765 individuo de la Academia y á poco su Teniente Director sin pretenderlo, logrando el puesto de Director en 1795 disfrutándolo muy poco, pues falleció el 4 de Agosto de dicho año.

«Sus obras, dice Cean Bermúdez, retratan sus grandes conocimientos en el arte y su genio de pintor. Muy pocos ha habido en este siglo que le igualasen en la corrección del dibujo, en la sencillez de las actitudes, en el buen orden de la composición, en la expresión, en el contraste de los grupos, en el claro-oscuro, en el colorido y en su acorde, bien que en su último tiempo fué nimio en esta parte, y aunque se desea más nobleza en los caracteres de sus figuras, con todo, llegó á cierto grado de perfección, que da honor á la pintura española del siglo XVIII.»

La mayor parte de las obras de Bayeu son de carácter religioso, y no pocas de ellas son al fresco y se pueden admirar en Madrid, Zaragoza, San Ildefonso, Toledo, etc.

En 1746 nació, en fin, en España un verdadero pintor, Francisco Goya y Lucientes, que falleció en Burdeos á los ochenta y dos años de edad, esto es, 1828.

Cuando Goya vino al mundo la generación de pintores extranjeros y nacionales de los reinados de Felipe V y de Fernando VI habían dado de sí todo lo que de ella podía esperarse. Era la generación de Carlos III que nos trajo á Mengs, la que iba á tener que ver con el genio de Goya.

Jovellanos ha resumido en los siguientes párrafos esos períodos de la historia de la pintura en España: «Cuando Felipe V, ese gran monarca, pasó los Pirineos, ya le inflamaba el deseo de restaurar en España las ciencias y las artes; y aún no le librara del todo de los cuidados de la guerra la célebre paz de Utrecht, cuando ya le vemos ocupado en la ejecución de tan glorioso designio. Casi al mismo tiempo de fundadas las sabias academias, por quienes la lengua castellana, la poesía, la elocuencia y la historia, recobraron su primitivo esplendor, levanta en los ásperos montes de Balsaín y en el sitio que ocupaba el antiguo alcázar de Madrid, dos insignes monumentos que llevarán su gloria á la más remota posteridad. Los mejores artistas que conocían en su tiempo Italia y Francia, Fermín Tierrri, Dumander, Vanlío, Procacini, Yubarra, Sachetti, trabajan en la ejecución de sus designios. Abre su generosa mano, y trae á España la preciosa colección de antiguos monumentos que había juntado en Roma la célebre reina Cristina; y deseoso de fijar para siempre las artes en su reino, se dispone la fundación de una Academia.

«¿Quién podrá negarte, ¡oh ilustre Villarias! la gloria que es debida al patriótico y generoso afán con que promoviste este designio ante aquel buen

monarca; ni á tí, Olivieri, ni á vosotros, celosos miembros de la Junta creada por Felipe V, la de haber cooperado á los intentos del soberano y del ministro?...

»Fernando sube al trono, tan ansioso de seguir el ejemplo de su gran padre, que parecía haberle sucedido solo para cumplir sus intenciones. Apenas le informa Villarias, cuando dispensa una completa aprobación á los designios de Felipe. El feliz día de tu glorioso nacimiento amaneció entonces, ¡oh ilustre Academia! otro ministro patriota, el esclarecido Carvajal, cuya memoria será siempre grata y respetable. A su inspiración, Fernando te dota generosamente, te da prudentes leyes, te comunica su nombre, y solemnizando con su sanción tu existencia, erige en tí un perpétuo asilo para las artes españolas.

»Mientras honra España con abundosas lágrimas la tierna memoria de Fernando, sorprendido por la muerte en la mitad de su carrera, venía desde Nápoles á ocupar su trono el augusto Carlos III; este monarca generoso, á quien daba Italia el nombre de restaurador de las artes, por haber ennoblecido con magníficas obras á Nápoles, Portici y Caserta; por haber descubierto y sacado de las entrañas de la tierra dos grandes ciudades de la antigüedad, Pompeya y Herculano; por haber derramado en todo el mundo la noticia de sus bellos monumentos, y finalmente, por haber recompensado á los artistas con una generosidad digna del tiempo y del espíritu de Alejandro.

»Cuanta atención le hubieran merecido las artes después de su venida á España, lo publica una multitud de grandes y bellos monumentos, erigidos en la extensión de sus dominios, donde brillan igualmente la magnificencia y el buen gusto; lo publican estas mismas paredes, augusto domicilio de la naturaleza y del arte debido á su beneficencia; lo publican los célebres estudios de Valencia, Barcelona, Sevilla y otras ciudades, fomentados por su generosa protección, y las artes fugitivas de las provincias restituídas á su seno; lo publican, en fin, las mismas artes, levantadas bajo su glorioso gobierno á un punto de prosperidad donde no pudieron llegar en las edades precedentes.

»Mas, ¿para qué buscamos ejemplos distantes de nosotros? Esta misma corte en que habitamos, Madrid, sacada del abismo de la inmundicia á la luz del más brillante esplendor; renovadas sus calles, sus plazas, sus puertas y paseos; llena de suntuosos edificios, gallardas fuentes, bellas estatuas, arcos magníficos y toda especie de exquisitos adornos;

Madrid, donde la arquitectura ha recobrado su antigua majestad, la escultura su gentileza, la pintura su gracia y su decoro, el grabado y todas las artes del dibujo su gusto y elegancia, ¿no será en lo venidero el más glorioso y durable testimonio de la magnificencia de Carlos?

»Pero hagamos también justicia á los instrumentos de su beneficencia, y tejiendo en el elogio de Augusto las alabanzas de Mecenas, aplaudamos el celo del sabio ministro que tenemos presente;—



MADAME CAYLA

cogerá todo el fruto de su ilustrada protección, hará algún día á su memoria un elogio más cabal que el mío, sin el riesgo de lastimar su moderación ni de ofender su modestia.

»Aquí debiera yo hacer memoria de los valientes profesores que la penetración de Carlos supo escoger para el adorno de sus cortes y palacios; pero no es tiempo todavía de hablar de los que viven y aumentan con sus obras el patrimonio de su reputación; y cuando quisiera tratar de aquéllos, cuya fama ha fijado ya la muerte, veo la sombra de un profesor gigante, que descuella entre los demás y los ofusca: la sombra de Mengs, del hijo de Apolo y de Minerva, del pintor filósofo, del maestro, el bienhechor y el legislador de las artes.

»Sí, señores; nosotros debemos á Mengs estos honrosos títulos; y cuando yo los atribuyo á su memoria, creo que mi boca es sólo un órgano destinado á hacer la expresión de nuestros comunes senti-

Floridablanca,—del que supo convertir una parte de la legislación hacia la gloria de las artes; del que ha dado á nuestro cuerpo la suprema magistratura del buen gusto; del que negó al gusto depravado la entrada en nuestras ciudades, en nuestros templos, en nuestros edificios públicos; del que nos ha perpetuado la posesión de los monumentos del buen tiempo, cerrando nuestras puertas á las obras de pintores célebres, con que antes hacían un vil comercio la ignorancia y la codicia. La posteridad, que

mientos. Mas no penséis que Mengs ha muerto para nuestra Academia ni para España. Su nombre vive y vivirá en la más distante posteridad. Vivirá en sus discípulos, esperanza de nuestras artes; vivirá en el célebre museo que adorna estas moradas, vivirá en sus divinas obras, vivirá en sus profundos escritos, tesoro de inestimable doctrina, que se puede llamar el catecismo del buen gusto y el código de los profesores y amantes de las artes; vivirá, finalmente, en los elogios que la amistad y la justicia dictaron á un distinguido miembro de nuestra asociación;—Azara.

»Y, ¿cómo hablando de Mengs, no haré memoria de uno de sus amigos, del más ardiente partidario de su doctrina y del buen gusto, del celoso viajero que, guiado por el patriotismo, corre de un cabo al otro de nuestra Península, visita sus villas y ciudades, las plazas, los templos, las obras públicas, busca por todas partes los monumentos de las artes,

hace conocer y apreciar las obras estimables, ejerce una imparcial y rígida censura contra los abortos de la extravagancia, y persigue y acosa el mal gusto hasta hacerle huir avergonzado de los dominios que había tiranizado por tantos años?»

El anotador de Jovellanos en la *Biblioteca de Autores españoles*, de Rivadaneira, Cándido Nocedal, no dijo á quién aludía Jovellanos al referirse á ese viajero reformador del buen gusto en arquitectura: este viajero creemos que no es otro que el pintor Antonio Ponz, que nació en Bexix, diócesis de Segorbe en 1725, y falleció en 1792.

Ponz, dedicado por su familia á las letras, recibió la borla de doctor en Teología, pero su pasión era la pintura, y su familia tuvo que consentir que partiera á Madrid en el año 1746 en cuya Academia, entonces en embrión, estudió, saliendo para Italia en 1751. Fijóse en Roma, y sin la grande sensación que causó en el mundo el descubrimiento de Herculano y de Pompeya, no se moviera de ella, pero atraído por tan grande y hermosa novedad pasó á Nápoles en 1759. Electrizado Ponz por lo que veía, enamorado locamente de la antigüedad, á la que había ya rendido gran culto en Roma, tenía resuelto

REINA ADELAIDA
esposa de Guillermo IV de Inglaterra

partir á Grecia y Egipto, de lo que le disuadió el ministro de España por los peligros que iba á correr, y para impedir que volviera sobre su tema le convenció de las ventajas que le reportaría su regreso á España. Ya en Madrid, pasa al Escorial por encargo del gobierno, en donde pasa cinco años que empleó no solo en cumplir la misión que se le había dado de pintar los retratos de los ilustres españoles cuyas obras se guardan en el Escorial, sino en examinar los códices y manuscritos de su famosa biblioteca para sacar de ellos cuanto hacía referencia á las artes. Hizo además varias copias de Ratael, Guido Reni y el Veroneso.

Envióle luego el gobierno á Andalucía para que recogiera de las casas de los jesuitas los cuadros que convinieran para la formación del museo de Madrid, y Ponz aprovechó también su viaje, que al regresar de Andalucía, no solo trajo lo que se le había pedido á satisfacción de todos, sino un núme-

ro considerable de apuntaciones sacadas de los pueblos por donde pasó, relativas á las antigüedades, inscripciones, epitafios, sepulcros, fundaciones pias, á la armonía y gobierno de los pueblos, sus usos y costumbres, á la agricultura, á las fábricas á industrias, y en fin, á cuanto se le presentó en su viaje. Comunicó estos apuntes á sus amigos, los vió el gobierno, los aprobó, y le dió entonces comisión para que viajara por España para recoger de todos sus pueblos iguales noticias, saliendo como dice Cean Bermúdez, la primera correría en 1772. Tan buen efecto causó el primer tomo del *Viaje* de Ponz, que Carlos III recompensó el celo del autor con la prestamera de Cuerva. «Estaría de más decir aquí, continúa Cean Bermúdez, los bienes que produjo esta obra á la agricultura, á la economía de los pueblos, á las bellas artes, y particularmente á la arquitectura, cuando lo confiesa la nación, y la aprecian los extranjeros que la han traducido en sus